

# EL DOLOR<sup>1</sup>

Raúl Guerra Garrido

Para José Antonio Loidi Bizkarrondo,  
farmacéutico y escritor. In memoriam.

“El grito del cerdo es el más agudo, a pesar de lo cual no guarda punto de comparación. Los animales, al adivinar su fin, gritan su desesperado dolor; los hombres, algunos hombres, saben morir con la boca cerrada, en silencio; pero los niños, todos los niños, gritan su dolor como los animales y su escalofriante aullido es lo más horrible que jamás me haya sido dado escuchar. El de esa pobre criatura abrasada por la fiebre y nuestra incompetencia, literalmente quemada por la lava al rojo de un primitivo emplasto que se adhirió con singular saña a sus carnes, me sonó como el de la matanza, el del cerdo vivo abierto en canal. El abrasarme las manos tratando de salvar su piel no surtió el efecto de un dolor con otro dolor se cura porque el sufrimiento de un niño es el cénit de la aberración, de lo injusto e innecesario. En el futuro la pulmonía podrá tratarse con remedios más eficaces e inocuos y el dolor, si somos seres civilizados, por tortura humillante y prescindible, también sabrá tratarse como si una enfermedad fuera”.



A partir del grito que desgarró su sensibilidad, el abuelo esboza en sus apuntes unas lúcidas reflexiones sobre la naturaleza del dolor que en mi opinión, puesto que coincide con la suya, siguen siendo válidas.

“La evolución ha dotado al hombre de un cerebro muy superior al de sus primos los primates, que le asegura no sólo una poderosa inteligencia, sino también una fina y profunda sensibilidad para el dolor, con lo cual la indiferencia ante la propia herida que exhiben otros mamíferos brilla por su ausencia. La teoría general considera al dolor como un sistema de alarma que nos capacita para responder bien y a tiempo a todas las agresiones del mundo exterior. Si no fuéramos advertidos de los peligros que corremos nos estaríamos lesionando constantemente, nos podríamos escaldar en la ducha sin ir más lejos, pero esta utilidad del dolor, también como síntoma para efectuar un diagnóstico, se quiebra ante preguntas enigmáticas y capciosas, ¿dónde está la utilidad del dolor que sufren las parturientas?, ¿por qué el dolor se manifiesta en muchos cancerosos cuando ya es demasiado tarde para detener la enfermedad? Sí el dolor es un fenómeno complejo y contradictorio, de ahí que (añado por mi cuenta) siempre debiéramos poner en valor la sentencia hipocrática de *“divinum opus sedare dolorem”*. Oponerse a la tortura abyecta del dolor, ésa es la tarea del farmacéutico.

Me emocionó la lectura de estas reflexiones, pero lo que de verdad agitó mi alma fue la anécdota de partida, la del grito desgarrador de una criatura de tres años enferma, febril y abrasada con una cataplasma de mostaza porque yo era ese niño. Cuánto amor en su desconsuelo. Aquella pulmonía forma parte de mi memoria indirecta, adquirida a través de un relato mil veces repetido en otras tantas charlas familiares; de cómo, presa del pánico y agitándome como un poseso, desbaraté el emplasto y su viscoso napalm se adhirió a mi piel produciéndome quemaduras de segundo grado. Debió ser terrible, pero no guardo la sensación del sufrimiento, sólo sus huellas, cicatrices indelebles en pecho y espalda.

1 Fragmento de una obra en marcha.

– ¿Con qué te las hiciste?

– Es una larga historia y mejor pregunta quién, otro día...

Como tatuajes. De diecíaño presumía de mis cicatrices como si fueran tatuajes que me hubiesen infligido en el asalto a la Isla de los Corsarios, como si fueran heridas de guerra. Su imprevisible presencia en un torso desnudo me confería un halo de misterio, un plus de virilidad, un no sé qué propio de quien sobrevive aunque no indemne a una ignota y arriesgada aventura. Me otorgaba un pasado interesante. Nadie a mis años tenía un pasado y eso impactaba a las chicas. Las quemaduras no eran demasiado grandes y la compleja geometría de su bajorrelieve no carecía de una cierta estética, sin duda relacionada con el heroísmo. De eso presumía, insinuaba la garra del tigre, el filo de la bayoneta, el tiro a quemarropa, jamás se me escapó la vulgaridad de una cataplasma. En la playa de ribera bajo el puente, la mano de Camila Graciana, las yemas de sus dedos repasando la huella que tras de sí dejó el proyectil del 45 que atravesó mi tetilla izquierda y de milagro no partió mi corazón. Sinténdolo latir desbocado al contacto de su piel. Feliz recuerdo. "No, cuéntamelo hoy, ahora...". El hueco fruto de la vanidad fue mi recompensa a un sufrimiento del que ya no guar-

daba memoria sensible. Predestinado a la novela, mi primer personaje de ficción fui yo mismo.

Años después, invitado a un curso de verano sobre Baroja en la UIMP de Santander, o sea, a vivir una semana en el hechizado edificio de la Magdalena, tentación a la que siempre cedo, en homenaje a las páginas del abuelo elegí como tema de mi conferencia la tesis doctoral de don Pío titulada *El dolor, estudio de psico-física*: "El sabio no busca el placer sino la ausencia de dolor, pero el dolor es el conocimiento consciente de la vida, de ahí la existencial contradicción del hombre". Es del abuelo, retorciendo la cita barojiana. Rememoro la angustia de don José Garrido y percibo, la sensación es casi táctil, cómo se desliza por entre mis dedos. Cómo se escurre un fluido de sensibilidades varias, de suave ternura y ardiente voluntad. Es la lenta desaparición de esa vieja sabiduría sanitaria que tan bien sabía combinar experiencia y humanismo, la que tan bien compartían el médico de cabecera y el boticario del pueblo. Ya sé que el consuelo y la comprensión no son los más eficaces remedios para combatir la enfermedad, pero a veces sí los únicos para aliviar al enfermo y su presencia jamás hizo mal a nadie. No son mala traducción del "divinum opus sedare dolorem".



Fotografía: Reta Marín